

Es la segunda vez que me toca presentar un libro de la Colección del Encuentro de dos Mundos que acertadamente dirige el Dr. Gonzalo Aguirre Beltrán, y es la segunda vez que se presenta un libro que se basa en una tesis de la Facultad de Filosofía de la Universidad Veracruzana. Y también en este caso se trata de una de mis antiguas alumnas, lo que aumenta el gusto y facilita la tarea de las presentaciones a la que una no estaba acostumbrada.

Creo que antes debo decir algo de Angélica Salmerón como alumna. De todos es sabido que se trata de una sobrina del Dr. Fernando Salmerón, distinguido egresado de la Facultad de Derecho de la Universidad Veracruzana, y fundador de la carrera de Filosofía de la misma Universidad; rector, entre los grandes que ha tenido la Máxima Casa de Estudios, y ahora filósofo de reconocido prestigio nacional. Pero no estoy implicando con todo ello que los méritos de Angélica, o del libro presente, vengan de esta fuente. Esto sería un desplazamiento del nepotismo hacia lo intelectual y lo académico. No hay que olvidar, como dijo muy bien Don Quijote, que cada quien es hijo de sus obras. Pero es preciso subrayar que Angélica Salmerón nace y crece dentro de esta tradición que ha creado la Universidad Veracruzana, donde un cordobés ilustre, el Dr. Manuel Suárez, es el primer rector, y otro cordobés, el tío de la autora, es el fundador de la

Facultad de Filosofía donde me tocó ser su maestra de lógica.

Recuerdo que Angélica era particularmente alérgica a la lógica. Casi diría que la detestaba cordialmente. Y me consta que hizo un esfuerzo grande por llegar a conocerla y a dominarla. Pero quizá esto explique su afición por un autor que a cada paso hace confesión de irracionalismo y de un odio de verdad apasionado a todo pensamiento lógico y racional.

Pero no es Unamuno un autor frívolo y poco cuidadoso de dar razón de sus propios planteamientos. No estaríamos hablando de él y no le dedicaríamos estudio y atención, como se ha hecho y creo se seguirá haciendo. Precisamente uno de los grandes méritos del libro está en descubrir el entramado teórico y la coherencia interna o "el centro rector de coordinación que pueda dar sentido a sus más dispares y hasta desesperados intentos", como dice el Dr. Zilli en el prólogo del libro que presento. También yo coincidí en que éste es el mérito principal de Angélica Salmerón: haber podido encontrar, en esta aparente, o real, madeja o maraña, una postura consistente y digna de respeto. La libertad, según la tesis de este libro, se convierte en el meollo de la comprensión de toda la filosofía unamuniana. La autora señala que esto no se había hecho, pero reconoce con toda honradez la contribución de Francois Meyer que

le ayuda para la estructuración de la ontología.¹

Yo quisiera añadir, por mi parte, que estamos frente al planteamiento y a las preocupaciones básicas de Kant y ante los tres postulados fundamentales que siguen siendo como el núcleo de toda esta aporía llamada existencial: Dios, hombre libre y responsable, inmortalidad o vida futura, cosas que para Kant quedan fuera del dominio del conocimiento teórico, pero que encuentran un fundamento en la llamada razón práctica. Yo creo no equivocarme si afirmo que esta razón práctica no está nada lejos de la fe de Unamuno, que así se vuelve criterio y principio de verdad para las cosas más fundamentales. Voy a citar un texto de D. Miguel de Unamuno que no aparece en el libro pero que tal vez ayude a ver esto más claramente:

No es la inteligencia sino la voluntad la que hace nuestro mundo. Todo es verdad en cuanto alimenta generosos anhelos y para obras fecundas; todo es mentira mientras ahogue los impulsos nobles y aborte monstruos estériles. Toda creencia que lleve a obras de vida es creencia de verdad, y lo es de mentira la que lleve a obras de muerte. La vida es el criterio de la verdad, y no la concordancia lógica, que lo es sólo de la razón. Si mi fe me lleva a crear a aumentar vida, ¿par que queréis más pruebas de mi fe? Cuando las matemáticas matan, son mentira las matemáticas. Si caminando moribundo de sed ves una visión de eso que llaman agua y te abalanzas a ella y bebes y aplacándote la sed te resucita, aquella visión lo era verdadera, y el agua, agua de verdad.²

1 Cfr. Francois Meyer, *La ontología de Miguel de Unamuno*, Editorial Gredos, Madrid, 1962

2 *Vida de Don Quijote y Sancho*, 5a. edición de sus *Ensayos*, Vol. II, p. 181

Hará falta leer todo un libro como el de Angélica para hacer la hermenéutica de un texto como éste, porque Unamuno como todos los grandes autores suele estar en todo de todo. Aquí el rechazo decidido de la lógica —de lo que hemos hablado antes— de la coherencia, de la razón y hasta de la inteligencia y, por otra parte, la exaltación de la voluntad, de la fe, del vitalismo y de la creencia apasionada. ¿No dice esto Kant pero expresado de manera española que es casi siempre dogmática e inapelable? A mi juicio la diferencia está más bien en los acentos. Los dos autores, no es que hagan menos el conocimiento científico o racional, pero lo relegan al ámbito de lo fenomenal y de lo práctico, a las apariencias y a las cosas. Este conocimiento nos dará comodidad y hasta dominio de la naturaleza, pero dejará intactas las cuestiones más acuciantes que son las que de verdad importan, porque incluyen el sentido de toda nuestra vida. Estos temas serían propios no de la ciencia, sino de otra actividad humana que se llama fe. Estamos, pues, en la misma línea de Kant, o no muy lejos de su pensamiento.

Por otra parte, lo que hay de original y muy propio en Unamuno no se podría entender sin su oposición casi obsesiva a todo intelectualismo, o sistema de explicación total de la realidad, como el de Hegel y del idealismo posterior a Kant. Esto es lo que nuestro autor llama "Ir más allá de la fe". Unamuno no quiere ir más allá de la fe y se aferra conservadora e intransigentemente al planteamiento

to kantiano. Y es esto lo que lo hace afin a acorde a Kierkegaard y percibir la afinidad de que hablamos. Cito del prólogo de *Temor y temblor*:

Nadie en nuestros días se detiene en la fe; va más lejos... Antaño no sucedía lo mismo; entonces la fe era una tarea asignada a la vida entera; pues, se pensaba, la aptitud para creer no se adquiere en pocos días o en pocas semanas. Cuando, después de haber combatido en lucha leal y guardado la fe, llegará al ocaso de su vida el anciano experimentado, su corazón conservaba aún suficiente juventud para no haber olvidado el temblor y el temor que habían disciplinado al joven y que el hombre maduro había dominado, porque nadie se libra de ellos enteramente a menos que haya logrado ir más allá desde muy temprano.³

Quizá la cita que acabo de hacer parezca larga, pero la juzgo oportuna y pertinente al asunto de las afinidades de Unamuno y a esta exaltación de la fe contra las que van más allá de ella, con razonamientos o sistemas. Hay que volver a dejar la palabra a los autores y se verá que en un momento dado sabe uno quien de los dos es el que habla, el danés o el español:

El presente autor no es de ningún modo un filósofo; no ha comprendido el sistema, si es que hay uno y si está acabado... Aunque podamos formular conceptualmente la substancia de la fe, no por eso hemos asido la fe, como si penetrásemos en ella o ella se introduce en nosotros. El presente autor de ningún modo es un filósofo; es *poetice et eleganter*, un escritor aficionado, que no escribe sistemas ni promesas de sistemas. No ha caído en el sistema ni se ha consagrado al sistema.⁴

3 Soren Kierkegaard, *Temor y temblor*, Ed. Lozada, Buenos Aires, 1958, p. 9.

4 *Ibidem*, p. 11.

Este sistema del que se habla, y al que detesta Kierkegaard, es nada menos que el idealismo hegeliano, con su pretensión de explicación de todo lo real, visible e invisible. Unamuno se identificará con gozo con este hermano espiritual que lo ha precedido y cuya vida produjo —en su sociedad y en su tiempo— el mismo escándalo y alboroto que él, pero cuya obra hará pensar a muchos, justamente como Don Miguel de Unamuno nos hace a todos pensar y discutir una y otra vez hasta nuestros días.

Porque yo pienso, por último, que no hay que tomar muy al pie de la letra los desahogos y declamaciones de estos dos filósofos contra el sistema y contra la racionalidad y la lógica. Ellos están contra la razón por medio de razonamientos muy elaborados y a veces asombrosamente coherentes. La lógica sigue siendo una gran cosa.

Y este es el mérito de la obra de Angélica Salmerón. Haber hallado esta lógica, esta coherencia interna, en medio de la aparente confusión y de los alegatos apasionados contra la razón. Porque de que hay lógica, la hay. De lo contrario no los tomaríamos en serio.

Nos felicitamos de que una cordobesa, de la Facultad de Filosofía, nos entregue una obra sobre este español universal en la línea de Kant y de Kierkegaard, pero a la vez hijo inconfundible de esa España de la que no podemos prescindir. Me parece justo alegrarse de todo esto ahora que está encima la fecha exacta del Quinto Centenario.

María del Rosario Amieva González